

sible! ¡Querido Eduardo! Esto me reconcilia con Vendimiér. Madrina, no hay nada de lo dicho; cásese usted, que ya levanto la mano.

YORDY

Espero, señora, que en cuanto ha pasado esta mañana, no habrá usted visto otra cosa que un exceso de celo, y....

CAROLINA.

Nada he visto, ni de nada me acordaré, con tal que usted no se oponga por su parte á la boda de Cecilia con ese joven que se llama Leonardo. Yo soy quien los dotó á los dos y quien será la madrina de este enlace.

TODOS.

(Menos Eduardo) ¡Viva la madrina!

CAROLINA.

¿Qué, no quieres tú, á lo que parece, que viva la madrina?

EDUARDO.

(Besándole la mano.) Es que quiero ser el primero que grite: ¡Viva mi esposa!

PAULINA

O ¿SE SABE QUIEN MUEVE LOS ALAMBRES?

Comedia en dos actos, imitada del francés.

## PERSONAS

El Conde de Vermanton, Julia su hija, La Baronesa su hermana, Paulina, joven huérfana recogida en casa del Conde, El Príncipe de Soubise, Nicolás Rosier, Milord Kinston, La Presidenta, Un Oficial, Un Abate, Un Lacayo, Convidados, Lacayos, etc.



## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I

El Conde, la Baronesa y Julia acabando de tomar té. Paulina sentada al otro extremo bordando.

#### BARONESA.

¿Con que, según eso, hermano, ya no se trata de alianza ninguna con el Austria, y podemos decir que la Inglaterra se ha salido con la suya.

#### JULIA.

Tanto peor: no hay cosa más desairada que los tales uniformes colorados.

#### CONDE.

¡Silencio, niña...! Cuando se tiene la dicha de ser hija del Conde Vermanton, y sobrina de

la Baronesa de las Tres Torres Sarracenas, debe uno tener mucho cuidado en no manifestar en público opiniones políticas que pueden comprometer á la familia.

JULIA.

Como estas opiniones eran ayer las de usted, papá....

CONDE.

Ayer.... Ayer era ayer, y hoy las cosas han cambiado de semblante.

BARONESA.

(Acercando la silla.) ¿De veras?

CONDE.

(En voz baja.) Ya te acuerdas que durante toda la semana, no se ha hablado de otra cosa en todo Versalles, que del destierro probable de la Pompadour... De madama de Pompadour... ¡De la señora Marquesa de Pompadour!

JULIA.

Y de tal modo se creía este destierro, que el baile que da usted esta noche, estaba precisamente destinado á celebrar su desgracia.

CONDE.

Y bien, celebrará su triunfo.

BARONESA.

¿Conque al cabo ha triunfado?

CONDE.

Completamente.... Sólo unos locos, unos insensatos, los de la facción austriaca, en fin, hubieran podido imaginarse que derribarían á la favorita, suponiendo que el amigo más sincero de Luis XV, el Príncipe de Soubise, era su rival... El rival favorecido por la Marquesa.

BARONESA.

¡Qué horror...!

(Julia se levanta y habla bajo á Paulina.)

CONDE.

Dichosamente que la Marquesa es el primer hombre de Estado que tiene hoy la Francia, y que con una sola mirada.... Con una sonrisa ha logrado desbaratar todos los planes de sus enemigos.... ¡Verdad es que sonrío esta mujer con una gracia!

BARONESA.

¡Ah! ¡Cómo la quiero! Ya se ve.... tampoco es extraño que la quiera, porque al cabo somos parientas, y....

JULIA.

¡Calla!, pues también era usted parienta, á lo que decía, de la favorita pasada, de la Duquesa de Chateauroux! (Se ha vuelto á sentar.)

BARONESA.

No tal, no tal.... jamás he dicho eso.... ó si lo he dicho.... ¡Pero lo que sí es evidente y

está probado, es que descendemos en línea recta de un primo tercero de la bisabuela de la madre de la actual Marquesa de Pompadour!

PAULINA.

(Aparte.) Es extraordinario: siempre desciende la Baronesa de todas las familias que ascienden.

CONDE.

(Levantándose los tres.) ¡Cáspital, pues que parentesco no es de descuidar en el día.... Porque, no lo disimulo, me vendría tan bien una legación!

BARONESA.

Y á mí la plaza de Dama de Palacio.... ¡Es tan hermoso esto de poderse una sentar delante de la Reina en un taburete!

PAULINA.

(Aparte.) ¡En un taburete! Pudiéndose una sentar en su casa en un buen sofá.

CONDE.

A Julia la haremos camarista.... Y en cuanto á Paulina.... Vamos, Paulina, dinos lo que quieres tú ser.... Ya que ha llegado ahora tu vez, y estamos de gracias.

PAULINA.

(Levantándose.) ¿Yo? Yo no quisiera otra cosa que ser dichosa, señor Conde; con esto me bastaría.

CONDE.

(Con desprecio.) ¡Habrás tonta! ¡Vamos, está visto, no ha nacido para otra cosa, que para casarse con un cualquiera, y para enterrarse después en algún lugar de cuatro casas!

PAULINA.

(Con humildad.) ¡Oh, no, señor Conde....!

BARONESA.

(Con desdén.) ¿Qué, temes tanto casarte?

PAULINA.

Lo que es eso.... Según....

CONDE.

¿Qué dices entonces del marido que te propuse hoy hace quince días?

PAULINA.

(Tímidamente.) ¡Es tan viejo!

CONDE.

¿Y del que te ofrecí la semana pasada?

PAULINA.

(Idem.) ¡Es tan feo!

JULIA.

(Con ironía.) ¡Oh! el marido de Paulina tiene que ser un hombre perfecto, á lo que parece.

PAULINA.

Quisiera sólo poder amarle....

CONDE.

(Con sequedad.) ¿Acaso puedes tú aspirar á eso.... ¿Ni pensar en más que tomar á ojos cerrados el marido que te den? Una pobre huérfana.... hija de un triste caballero de provincia que tuvo el honor de arruinarse en el servicio del Rey, y que no te dejó otra cosa que....

PAULINA.

(Suspirando.) Que su apellido.... Ya lo sé.... Lo qué no es un gran dote por cierto.

CONDE.

Sin contar que no tienes en este mundo, ni un amigo.... Ni un protector.... A no ser yo, ó el Príncipe de Soubise, á quien tu padre te recomendó también al morir.

JULIA.

(Irónicamente.) ¡Jesús, papá, y qué atrasado está usted de noticias...! Usted olvida incluir en el número de sus amigos, al señor Nicolás, cuando no se pasa día sin que éste venga en persona á informarse de la salud de la señorita Paulina de Pour.

BARONESA.

¡Nicolás! ¡Qué nombre tan elegante...!

CONDE.

¡Nicolás! ¿Y quién es ese Nicolás?

PAULINA.

(Un poco conmovida.) Nicolás Rosier, señor Conde, un compatriota mío, un pobre muchacho muy honrado y de muy buen corazón.... Aunque quizá demasiado sencillo.... con quien me he criado.... como que su madre fué mi nodriza.... y quien ha manifestado siempre un gran interés por.... Por toda mi familia.

CONDE.

¡Oh, es una historia muy patética...! ¿Y qué hace? ¿En qué se ocupa ese señor Nicolás?

PAULINA.

Tiene un pequeño destino en el ministerio de negocios extranjeros.... Bien inferior á su mérito, eso es otra cosa.... Como que sólo es escribiente.... Cuando le sobra talento ó instrucción para.... Verdad es que es muy modesto, y que conoce tan poco el mundo.... ¡Así trabaja tanto! Todo el día está ocupado en sus cuentas, y en sus expedientes, y.... En tanto que sus jefes están con los brazos cruzados, ó se pasean en esos jardines.... Por eso sin duda, ellos ascienden de destino en destino, al paso que él.... Que él no se mueve nunca del mismo lugar.... No parece sino que le han clavado allí.... Y bien sabe Dios, que era acreedor á mejor suerte.... aunque no fuera por otra cosa, sino porque envía todo su sueldo á su pobre madre.... Y porque sólo emplea en su propia manutención, lo poco que gana copiando música, á ratos perdidos.

CONDE.

(Con desprecio.) ¿Conque, copia música?

JULIA.

Sí, señor.... A mí me está ahora copiando un acto de Rameau.... Por señas que ahora me lo debe traer.

CONDE.

¡Copiante de música! De eso vive también Juan Jacobo Rousseau.... Será quizá otro tal.... De esa trineo de filósofos.... De gente de mérito... buena sólo para tratar con la canalla.... Ya, ya diré yo al portero, que no le deje nunca subir la escalera.... Para que no inficione mi casa.

PAULINA.

(Aparte.) ¡Ay Dios mío!

CONDE.

En cuanto á tu establecimiento.... Pero calle....! Ahora me acuerdo que me hablaron ayer noche, de un nuevo pretendiente....

PAULINA.

(Asustada.) ¿A mi mano, señor Conde?

CONDE.

Sí, sí.... Un excelente partido.... Es menester que me vuelva á ocupar de ello.... ¿Pero, qué ruido es este?

JULIA.

(Mirando por la ventana.) El coche del Príncipe de Soubise.

CONDE.

Es verdad.... Me había prometido anoche que pasaría hoy por mí para ir juntos á la corte... (Bajo á su hermana.) ¿No has reparado en lo á menudo que nos visita?

BARONESA.

En efecto.

CONDE.

(Bajo.) ¿Y no sospechas el por qué?

BARONESA.

(Idem.) ¿Crees acaso que vendrá por mí?

CONDE.

(Idem.) ¡Qué desatino...! Viene por Julia.

PAULINA.

(Aparte.) O por otra.

CONDE.

(Bajo á su hermana.) ¡Y ese sí que sería enlace honorífico! Figúrate tú, ¡casarse con el favorito de la favorita!

BARONESA.

(Alto.) ¿Y lo tenías tan callado...? Me voy, me voy á mi tocador.

JULIA.

Y yo á mi piano.

2o. CRIADO.

(Anunciando.) S. A. el Sr. Príncipe de Soubise.

BARONESA Y JULIA.

Escapémonos.

## ESCENA II

EL PRINCIPE QUE ENTRA POR EL  
FORO, EL CONDE Y PAULINA.

CONDE.

(Yendo á su encuentro.) ¿Príncipe?

PRINCIPE.

¡Qué es eso! ¿Mi llegada hace huir acaso á aquellas señoras?

CONDE.

Y usted no hace huir generalmente sino al enemigo.... Por eso se admira usted.... Pero la verdad es, que se han refugiado por algunos instantes en su tocador, y....

PRINCIPE.

(Sonriéndose.) ¡Ah, ya lo comprendo ahora...! Una retirada falsa para volver luego al ataque con mayor ventaja.

CONDE.

Yo mismo no esperaba á usted tan temprano... Y por lo tanto, si usted me permite....

PRINCIPE.

Sin ceremonia, mi querido Conde.

CONDE.

Y á propósito (deteniendo con un gesto á Paulina que quería retirarse), puede usted entre tanto entretenerse en reñir un si es no es, á su protegida.... De la que no estoy, si he de decir la verdad, muy satisfecho.... Conque con licencia de usted.... En cinco minutos me pongo el uniforme de gentilhombre.... La banda.... y me verá usted aquí á sus órdenes.

## ESCENA III.

EL PRINCIPE Y PAULINA, QUE SE  
HA VUELTO A SENTAR Á BORDAR.

PRINCIPE.

(Aparte.) Mayor imbécil.... Que Dios no me salve si se encuentra en todo Versailles una familia más completamente insoportable.... ¡Oh, no sería yo el que volvería á poner aquí los pies, si no fuera por aquel tesoro de gracias y atractivos.... (Señalando á Paulina.) Una mera chiquilla que casi he visto nacer, y que me vuelve, sin embargo, loco.... Que hace de mí lo que

quiere.... Y sin la menor compensación de su parte, que es lo peor del caso.... ¿Qué tal? Ni siquiera se ha dignado dirigirme todavía una mirada!... Así es que, he querido ya cien veces prescindir de ella.... Abandonarla.... Pero imposible.... Luego, creo que estoy, además, lo que se llama realmente picado.... Que este se ha vuelto ya asunto de amor propio.... Porque, no lo niego, daría la mitad de mi fortuna por no quedar al cabo desairado. (Mirando al rededor, y acercándose después de puntillas, á Paulina.) Y bien, adusta Paulina, ¿te dura todavía el enojo?

PAULINA.

(Con frialdad.) ¿Y por qué estaría yo todavía enojada?

PRINCIPE.

¡Qué sé yo...! Ayer te pusiste como una fiera.... No sé si fué porque te besé esa linda mano.... O porque me quise quedar con esa sortija de pelo que llevas en el dedo del corazón.... y que dices que tienes reservada para enviársela á una amiga.... Lo que no creo, sea dicho entre paréntesis.... Todo lo contrario.... Estoy casi seguro de que la guardas....

PAULINA.

¿Para quién?

PRINCIPE.

Para dársela algún día al hombre á quien ames.

PAULINA.

No sería del todo imposible.

PRINCIPE.

Por eso tiene á mis ojos tanto precio.... Pero tú, ingrata, te haces la desentendida, y.... Sin agradecerme siquiera el que por tu causa me condene diariamente al fastidio de tener que sufrir el enjambre de necios que te rodean.... Sólo por verte algunos minutos.... Porque, bien lo conozco.... represento aquí á veces un papel ridículo, capaz de comprometer mi reputación.

PAULINA.

(Con intención.) Mucho me lo temo.

PRINCIPE.

¿Qué? ¿Qué quieres decir, maliciosa....? Vamos, lo mismo me trata que á un chicuelo.

PAULINA.

(Con seriedad.) Es que usted me trata quizá como á una persona demasiado grande.

PRINCIPE.

No lo creas.... Y si conocieras la pureza de mis intenciones.... (Aparte.) Estas muchachas dan más que hacer que todas nuestras Duquesas.... ¿Qué extraño es tampoco, que yo me ocupe con interés de tu porvenir, siendo, como eres, hija de uno de los oficiales más valientes que han servido á mis órdenes, y habiéndote dejado tu padre encomendada á mi vigilancia?



PAULINA.

Y también á su honor de usted, Príncipe.

PRINCIPE.

(Con viveza.) Por lo mismo debo yo prevenir los peligros que te amenazan.... Y si reflexionas un poco sobre lo que te indiqué el otro día...

PAULINA.

¡Oh, pocas propuestas deben ser, en efecto, más seductoras....! ¡Una fortuna brillante....! ¡Mandar en lugar de obedecer....! Lo único que se dejó en el tintero, fué el decirme lo que todo esto me costaría.

PRINCIPE.

(Tiernamente.) Casi nada, Paulina mía, casi nada.... Sólo que me lo pagaras con un poco de amistad....

PAULINA.

(Con aire ingenuo.) ¿De qué especie, Príncipe?

PRINCIPE.

¿De qué especie?

PAULINA.

¿De la que usted tiene, según dicen, á madama de Pompadour?

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Oiga! Celos hay en campaña. ¡Bravísimo...! (Alto.) ¡Qué desatino...! ¿Cómo pue-

des tú creer semejantes vulgaridades? ¿Te imaginas acaso que yo habia de ser tan necio y tan imprudente, que habia de querer rivalizar con mi soberano? Cuando hay tantas mujeres mil veces más bonitas que ella, y sobre todo, cuando te he visto á tí.... Era menester que hubiera perdido la chabeta.... Si voy con frecuencia á casa de la Marquesa, es únicamente porque es en realidad nuestro primer Ministro, y porque me conviene estar bien con ella, para no ponerme mal con el Rey.... Y la memoria de los poderosos es tan flaca, que... necesitan verte todos los días, para que se acuerden alguna vez de que existes...! Conque así, hermosa, si no hay otra cosa que lo impida, dame esa sortija que te pedí anoche.... Dámela por tu vida.

PAULINA.

Ya no puedo.

PRINCIPE.

¿Y por qué?

PAULINA.

Porque ya he dicho que se la he de dar á quien yo ame.... Y sería una especie de confesión....

PRINCIPE.

(Con fuego.) Que me haría el más dichoso de los hombres.

PAULINA.

(Con seriedad.) Entonces... Permita usted que me quede con ella. (Le hace una cortesía.)

PRINCIPE.

¡Ah! ya esto es demasiado, señorita, y...

ESCENA IV

DICHOS, Y EL CONDE, DE GRAN UNIFORME.

CONDE.

Ya me tiene usted aquí, no sé impaciente usted.

PRINCIPE.

(Aparte.) ¡Maldito seas!

CONDE.

Y si he tardado algo más de lo que debía, es porque he tenido que acabar de escribir otro memorial sobre la legación que hace tanto tiempo solicito... ¡Veintitrés llevo con este...! Y cuento con que tendrá usted la bondad de presentárselo á S. M., y....

PRINCIPE.

(Distraído.) Bien, bien, dómelo usted. (Aparte mirando á Paulina.) Si vuelvo á pisar estos umbrales.....

CONDE.

(Que le ha observado.) Por lo que veo, Príncipe, no me parece que está usted muy contento con esta niña.

PRINCIPE.

En efecto.... no nos entendemos. (Bajo á Paulina.) Tú me llamarás, tarde ó temprano; pero no seré yo el que venga.

PAULINA.

(Aparte.) Todo será que yo quiera.

PRINCIPE.

(Acercándose.) ¿Qué me decía algo?

PAULINA.

(Con gravedad.) Decía, señor, tan sólo, que ya se acerca la hora de que el primer Ministro se empiece á poner los papillotes, y que puede echar á usted de menos.

PRINCIPE.

(Picado y aparte.) Por vida de... (Alto.) Vamos, Conde, esta muchacha es incorregible.

CONDE.

(Yéndose con él.) No se sofoque usted... Cuando vuelva de Palacio, la regañaré por usted, y por mí. (Vanse los dos.)

## ESCENA V.

PAULINA SOLA.

Ea, esta vez sí quedamos reñidos de ve-  
 zas... Y bien, tanto mejor.... No deseaba otra  
 cosa. ¡Ay, qué cortesanos...! ¡Qué cortesanos!  
 Todos son lo mismo. Dígalo si no, el Príncipe de  
 Soubise que tiene la generosidad inaudita de ofre-  
 cerme su protección con tal que yo consienta en  
 ser á su lado una favorita subalterna... ¡Una  
 Pompadour de tercera ó cuarta clase...! Muchas  
 gracias, señor serenísimo, muchas gracias por  
 tanto honor... Pero convengamos en que he  
 nacido bien desgraciada.... No poseer ni una  
 blanca en este mundo, y tener, sin embargo, la  
 nobleza suficiente para no poder casarme con el  
 único hombre que me podía hacer feliz.... ¡Po-  
 bre Nicolás...! Tan bondadoso, tan afectuoso!  
 ¡Ah! ¡ó con él ó con ninguno! (Mirando al de-  
 rredor.) Ahora que me han dejado sola, veamos  
 desde aquella ventana, si está ya en su oficina...  
 No tengo otro consuelo, ni otra distrac-  
 ción en todo el día; huérfana desventurada, y  
 recogida en esta casa por mera caridad.... Y  
 la caridad á veces es tan poco amable.... (Le-  
 vantando la cortinilla de la ventana.) Sobre todo,  
 cuidemos de que no nos vea.... ¿Pero qué es  
 esto? ¿Qué no habrá venido todavía? Y son ya  
 las doce....! ¡Qué negligencia....! ¡Un escri-

biente...! Si fuera siquiera oficial de número....  
 Vamos, es muy mal hecho, y á menos que no  
 esté enfermo.... Yo le diré.... (Oye ruido: se  
 vuelve; ve á Nicolás, y deja caer la cortina) ¡Cie-  
 los! ¡él es...!

## ESCENA VI.

DICHA Y NICOLAS.

NICOLAS.

(Con timidez.) Perdone usted, señorita Paulina  
 si la distraigo.... Creo que estaba usted miran-  
 do no sé qué cosa.

PAULINA.

(Confusa.) Sí, señor.... miraba.... que puede  
 llover bien pronto.

NICOLAS.

(Sin saber lo que se dice.) Puede muy bien...  
 porque hace un sol magnífico y....

PAULINA.

(Alzando los ojos.) Però... ¡Ay, Dios mío  
 ¿Qué le ha sucedido á usted? ¿Por qué está us-  
 ted tan triste?

NICOLAS.

Yo triste... No, señora... Es aprensión de  
 usted... Venía á entregar á la señorita de la  
 casa, este dúo de Castor y Polux.... Y tam-

bien á despedirme de usted.... (Haciendo un esfuerzo.)

PAULINA.

(Sorprendida.) ¡A despedirse de mí...!

NICOLAS.

Sí, señora.... Es necesario que me vaya de aquí.... Qué me vaya al instante....

PAULINA.

¿Y por qué?

NICOLAS.

No puedo decirlo.... Es un secreto.

PAULINA.

(Vivamente y tomándole la mano.) ¡Un secreto! ¡Y para mí! ¡Imposible...! ¿Qué, no soy ya su hermana de usted, su compañera de infancia? ¿Cuando mi padre le puso á usted en el colegio de Rennes, se quería usted acaso separar de mí? ¿Y cuando algunos años después me hallé yo huérfana, sin apoyo, sin amigo alguno, no fué usted el único que corrió á mi auxilio, que me ofreció cuanto tenía, y era el fruto de sus ahorros y sudores? (Con ternura.) Ya ve usted, Nicolás, que no tiene usted ningún derecho para ocultarme sus pesares, y que yo sí le tengo para exigir de usted que me confíe cuanto le pasa.

NICOLAS.

Es verdad.... ¡De lo contrario sería bien ingrato...! Pero no se enfade usted, que se lo diré á usted.... que lo sabrá usted todo.... Usted no ignora que tenía una plaza de escribiente en el Ministerio de negocios extranjeros....

PAULINA.

¿Y bien?

NICOLAS.

(Con un suspiro.) Y bien... Ya no la tengo... Porque me han echado de allí.

PAULINA.

¡Echado! ¡Ay Dios mío! ¿Qué, habrá usted cometido alguna falta?

NICOLAS.

Sí, señora, una y bien grande.... Mr. Gatry, que es jefe de la sección de fondos secretos, me había encargado un trabajo muy importante para el Ministro...., lo que no tiene nada de extraño, porque como ya es jefe y cobra uno de los mayores sueldos de la Secretaría, disfruta ya de muchas prerrogativas.... Y una de ellas es la de no hacer nada.

PAULINA.

Prosiga usted.

NICOLAS.

Eran cuentas.... Y como puse gran cuidado

en revisarlas, descubrí pronto una equivocación de sesenta y siete mil francos.

PAULINA.

¿En favor del tesoro?

NICOLAS.

No, señora, en contra.

PAULINA.

Mucho se lo debió agradecer á usted.

NICOLAS.

¡Agradecérmelo! Sí... en eso estaba pensando.... Lo mismo fué empezar á decíselo, que se fué poniendo tan, colorado... tan colorado.... Vamos, tan colorado, como yo me fuí poniendo amarillo.... Ibamos á dúo.... Y luego que acabé mi relación, me llamó tonto, necio, estúpido.... Con otra porción de términos administrativos.... Me dijo que era un torpe, que no comprendía nada.. Y concluyó con despedirme de la Secretaría; ofreciéndome, sin embargo, que la cosa no pasaría de ahí si yo usaba de prudencia y no desplegaba los labios.... Tiene muy buen corazón el tal Mr. Gátry, ¿no es verdad?

PAULINA.

Según eso, ¿se ha quedado usted en la calle?

NICOLAS.

Completamente.... Y sólo porque no me he sabido equivocar en una miserable suma.... ¡Qué

lástima de destino....! Ello no estaba muy bien pagado.... Sesenta francos al mes.... Pero como no tenía otra cosa....

PAULINA.

(Vivamente.) ¡Pero su Mr. Gátry de usted es un pícaro, un malvado!

NICOLAS.

Mucho me lo temo.... Con todo, como es jefe....

PAULINA.

(Id.) ¿Jefe? ¿Y qué importa....? Es preciso arrancarle la máscara.

NICOLAS.

¡Cielos! ¿Qué dice usted, señorita Paulina?... ¿Á un hombre que disfruta de tanto favor con el Ministro?

PAULINA.

Le digo á usted que no importa.... Es su deber de usted.... Y luego, semejante paso no le puede conducir á usted á ningún peligro.

NICOLAS.

Lo que es eso de conducirme es muy posible, sin embargo que me pudiera conducir á la Bastilla.... Lo que no quita que en el primer arrebató no hubiera yo escrito esta representación, acompañada de documentos justificativos, con ánimo de enviársela al Ministro, denunciándole el

fraude de que soy víctima.... (Paulina toma el papel y lo lee bajo.) Pero pensé después que no adelantaría nada, y que la cosa se arreglaría entre músicos y danzantes, de tal modo, que si alguno de los dos debía de ir á la cárcel, sería probablemente yo.... De ahí que me haya quedado con lo escrito escrito.... y que me haya al cabo resuelto á echarme en un pozo de cabeza, para obviar á todos los demás inconvenientes.

PAULINA.

(Asustada.) ¡En un pozo! ¿Está usted loco?

NICOLAS.

¿Qué he de hacer?

PAULINA.

¿Y su pobre madre de usted? ¿Y las personas que le aman?

NICOLAS.

Mi madre.... ¡Ah! ¿De qué le puedo ya servir....? En cuanto á los que me aman, si no es ella, no sé yo quién....

PAULINA.

¡Qué sabe usted lo que se dice!.... Hay quien se interese mucho por usted, y....

NICOLAS.

Conque no sé....

PAULINA.

(Impaciente.) Habrá terco....! Yo lo afirmo.

NICOLAS.

Enhorabuena.... No quiero contradecir á usted.... ¿Pero qué partido me queda?

PAULINA.

No irse de Versalles, y entregar esta representación al Rey en mano propia, y en esta misma tarde, cuando salga á caza....

NICOLAS.

¡Al Rey....! ¡Y en mano propia! Válgate Dios, señorita Paulina, ¿y cómo quiere usted que pueda yo ver al Rey; que me dejen hablar con él?

PAULINA.

(Aparte.) Si el Príncipe de Soubise.... con sola una palabra que yo le dijera.... En efecto.... ¿Y por qué no? ¿No son nuestras armas naturales el disimulo y la travesura? Además, no puedo salvar de otro modo á Nicolás, y.... y lo primero es lo primero.

NICOLAS.

Por lo tanto, creo yo que vale más que me atenga á mi primera idea, y.... (Hace que se va.)

PAULINA.

¿Dónde va usted? Venga usted aquí.... y esuche usted bien lo que le voy á decir.... Lleve usted ahora mismo esta representación al Príncipe de Soubise, cuyo palacio está ahí.... En la esquina de la calle de....

NICOLAS.

¡Sí, sí, ya sé dónde está el palacio del Príncipe de Soubise.... ¿Pero acaso me querrá dejar entrar el portero?

PAULINA.

Hágale usted decir al Príncipe, que tiene que darle un recado de una dama.... Cuando se le anuncia esto, siempre está S. A. visible.

NICOLAS.

¡Oh, es muy fino....!

PAULINA.

Dígale usted entonces que va de mi parte; preséntele usted esos papeles, y....

NICOLAS.

¿Querrá creérmelo?

PAULINA.

(Le da un anillo.) Enséñele usted ese anillo.

NICOLAS.

¡Cómo!

PAULINA.

Ya sabrá S. A. lo que esto significa.... Pero no haga usted más que enseñárselo y vuélvame usted á traer.... Dígale usted también, que si mi aprecio tiene algún valor á sus ojos.... Mi aprecio, lo entiende usted.... Que en este caso exijo de él que se le haga á usted pronta y debida justicia.... (Escuchando hacia el foro.)

¡Cielos! ¡La voz del Conde....! Si nos sorprenderá.... Huya usted por la otra escalera.... (Señalando la derecha) y sobre todo, no olvide usted ninguna de mis prevenciones.

NICOLAS.

(Solo y un poco aturdido.) Por la otra escalera.... ¿Y por dónde estará esta señora....? ¡Pero este Príncipe de Soubise....! ¡Este anillo de pelo! ¡Este recado....! Nada de todo esto me parece muy católico. (Al tiempo de irse se encuentra con la Baronesa.)

## ¡ESCENA VII

DICHOS, LA BARONESA, Y DESPUES

JULIA

BARONESA.

(Con altanería.) ¡Qué es eso!.... ¿A quién busca usted?

NICOLAS.

(Turbado.) Nada, señora.... Soy... Venía...

JULIA.

¡Ah! ¡es el señor Nicolás, que me traerá probablemente mi dáu!

NICOLAS.

¡Sí, señorita.... Precisamente.... Aquí lo tiene usted.... (Le da un papel de música, y dice

aparte.) Bien hayan las mujeres; nunca pierden la cabeza.

**JULIA.**

¿No es verdad que es muy sentimental?

**NICOLAS.**

Oh, mucho, sí, señora, muy....

**BARONESA.**

Vamos, vamos, Julia, siempre te has de parar á hablar con todo bicho viviente.

**NICOLAS.**

A los pies de usted. (Al salir por el foro se encuentra con el Conde.)

### ESCENA VIII

#### DICHOS Y EL CONDE.

**CONDE.**

Sígame usted, sígame usted, Milord.

**NICOLAS.**

(Más turbado, y retrocediendo delante del Conde.) ¡Tampoco por aquí! ¿Si podré salir por alguna parte?

**CONDE.**

(Con altivez.) ¡Eh! ¿Dónde va usted? ¿Quién es usted?

**NICOLAS.**

(Turbando.) Perdone usted, señor Conde.... Iba.... Soy Nicolás Rosier.

**CONDE.**

¡Nicolás! ah, sí, ya me acuerdo.... Vaya usted, vaya usted con Dios.... (Entre dientes.) No he visto un portero más descuidado que el mío.

**NICOLAS.**

(Saludando á todos.) Quédense ustedes con Dios. (Al volverse á ir, tropieza con Milord, y parece enfadarse.) Cero, y van tres.

### ESCENA IX

#### LA BARONESA, JULIA, EL CONDE Y MILORD.

**CONDE.**

(Tomándole de la mano.) Acérquese usted, Milord.... Señoras, tengo el gusto de presentar á ustedes á Milord Kingston, uno de los Secretarios de la Embajada Inglesa, recién llegado á París, y á cuyo padre conocí mucho cuando estuvo en Londres.

**MILORD.**

(Saludándolas.) Oh, sí....

**BARONESA Y JULIA.**

(Id.) Milord....